

Museos, imaginarios y memorias en la «escenificación» de la historia

Rosa García

Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay,
Santa Fe

Resumen

Toda cultura provee a sus miembros repertorios iconográficos, ficciones organizadoras e ideologías que definen sus relaciones, crean prácticas y sitios para ejercer la memoria, lugares para dar sentido a la experiencia y construir, a partir de ellos, identidad.

Los museos, como dispositivos culturales, son parte de esos espacios y colaboran activamente en la construcción de memorias y en la reproducción de imaginarios a través de lo representado en sus vitrinas y exposiciones (Lumbreras, 1980:20). En ellos, se «escenifican» versiones diversas de la memoria histórica a partir de la relación que se establece entre el patrimonio expuesto, el discurso museográfico y las estrategias y recursos destinados a la socialización de su relato.

Acotando esta reflexión al espacio del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay, el ejercicio que me propongo radica en preguntarme cómo se construyó

Palabras clave:

museos, escenificación del pasado, memoria

museográficamente la escenificación del pasado colonial y qué relación guarda esa escenificación con la construcción de la memoria histórica, indagando los marcos teóricos que sustentaron los inicios institucionales del museo. Este ejercicio intelectual no tiene sólo un objetivo «biográfico–institucional», sino que en tanto preocupación y análisis de los procesos de construcción cultural de la memoria social es parte del presente institucional de los museos, que han puesto en la agenda la tarea de comprender la diversidad cultural y sus conflictos.

Abstract

Museums, imaginaries and memories in the "staging" of history

Every culture provides its members with iconographic repertoires, organizing fictions and ideologies that define their relationships, create practices and sites to exercise memory, places to make sense of experience and to build, from those places, identity.

Museums, as cultural devices, are part of these places, and they actively collaborate in the construction of memories and imaginaries through everything that is displayed on their showcases and exhibitions (Lumberras, 1980:20). Different versions of historical memory are "staged" in museums. This occurs as the result of the relationship established between the exposed heritage, the museum discourse and the strategies and resources used for socializing its narrative.

Focusing this reflection on the Juan de Garay Ethnographic and Colonial Museum, what I intend to do is to determine how the colonial past was staged and what the relationship is between that staging and the construction of historical memory. For this, I research the theoretical framework that supported the institutional beginnings of the museum.

Keywords:

museums, staging
of the past, memory

This intellectual exercise does not only have a «biographical-institutional» purpose, but also a concern and analysis of the processes of cultural construction of social memory, which is part of the institutional present of museums, which, in turn, intend to comprehend cultural diversity and its conflicts.

El surgimiento de las instituciones que escenificaron la Nación

Los vacíos en la memoria, las historias que no llegan nunca a contarse, a registrarse, a transmitirse, son —como diría Deotte (1998)— *historias que no tienen superficie de inscripción*.

Palabra y poder. Palabra y saber. Palabra y nación. El lenguaje ordena la vida cotidiana, moldea el mundo, dispone el orden, da sentido y significado a cada acto cognoscitivo, marca las coordenadas de la sociedad. Por medio del lenguaje individuos y sociedades piensan y se comprenden, se hablan y son hablados. La escritura es un modo de transmisión cultural de la memoria social; a través

de la escritura de la historia la nación se inventa como ficción orientadora (Shumway, 2005). Escribir la historia tiene un sentido performativo.

Durante el siglo XIX los museos sustentaron sus relatos en los valores historiográficos del paradigma científico dominante, oficiaron como instrumentos para la reproducción del orden social, sostenedores de la hegemonía de los grupos dominantes y agentes en la preservación de la desigualdad en el acceso a la cultura.

En América, junto a los procesos de construcción estatal, se perfila también una opción historiográfica¹ siguiendo el modelo europeo. La creación de los museos en la Argentina fue relativamente temprana (luego de 1880), y al compás

1. En Argentina, promovidas y financiadas por el estado nacional se desarrollan instituciones científicas y académicas que tienen por objeto la formación e investigación, la recopilación, comentario y edición de fuentes documentales, la organización de archivos, la publicación de revistas especializadas, la participación en congresos y actividades académicas nacionales e internacionales, la organización de comisiones estatales para la preservación de la memoria histórica. En definitiva, se da origen al campo de la historiografía científica y en un mismo proceso se delimita un ámbito de estudios particulares referidos a la historia nacional.

de la imposición del proyecto político económico de la elite liberal, cumplieron un rol pedagógico en la construcción de un imaginario colectivo sobre la nación bajo el paradigma del progreso cientifista. Emergidos como espacios de una memoria única, en su museografía la alteridad es negada y se intenta fijar el sentido histórico en la cultura material. En la lucha por fijar el sentido de la tradición, los museos recogieron pero también olvidaron a algunos de los componentes de la identidad colectiva.

En este período en que los museos se van perfilando institucionalmente, tres tendencias surcan la lógica de construcción institucional: 1) el carácter público de la misión de los museos y sus exposiciones; 2) la preocupación por la formación de colecciones² que progresivamente comienza a deslindarse del coleccionismo particular (Podgorny, 2005:232); y 3) la preocupación científicista por la investigación del pasado nacional.

El museo fundaba su legitimidad en la recolección, conservación y exhibición

pública de piezas, documentos y objetos materiales del pasado que, desde una perspectiva cronológica, pretendían «ilustrar» un determinado proceso histórico y al mismo tiempo asociarlo a la construcción identitaria que legitimaba cierta versión de la historia nacional: *una* «memoria» del pasado historiográficamente elaborada (Blasco, 2001:1). Funcionales a los Estados emergentes, los museos, fueron concebidos como «templos» cívicos dedicados a afirmar *una* idea de Nación, y *un* relato de la historia.³

El campo de estudio de «los otros»

Los museos de historia se asociarán temáticamente a la legitimación de la construcción estatal y la glorificación de la nación. En una relación de subsidiariedad, dentro del «campo del estudio de los otros» emergerán los museos etnográficos y antropológicos. Se consagra así la escisión epistemológica y disciplinar entre la historia, la antropología y la etnografía, a partir de la delimitación de objetos y campos de estudio diferenciados: el «pa-

2. El valor de las colecciones también puede medirse pensando que los objetos expuestos devinieron en símbolos cívicos.

3. A modo de ejemplo, cito un comentario de Carlos O. Bunge, sobre el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires en sus orígenes: «no exhibía nada de la barbarie indígena anterior al descubrimiento y la conquista. Los recuerdos de este género no se han excluido por azar o por capricho, sino porque en realidad, poco o nada debemos a aquella barbarie la cultura argentina. Nuestra civilización es legítima descendiente de las antiguas civilizaciones de Europa: ¡Grecia, Roma, España! Más que sus ideas y conocimientos, los indios aportaron o sacrificaron generosamente a la cultura americana, su sangre, su preciosa sangre de pueblos libres. ¡Y la sangre no se coagula en los museos, sino hierve en las venas».

sado y la civilización», para la historia; y «los otros/la contracara de la civilización», para la antropología y la etnografía. Se consolida también una política cultural de la memoria en los museos que «cristaliza la separación de la historia de nuestros pueblos; su historia indígena y su historia blanca se muestran en ámbitos diferentes, no se rozan, no se mezclan» (Dujovne, 1995:27). Inclusive allí donde la presencia indígena contemporánea es numéricamente significativa, las culturas aborígenes prehispanicas expuestas⁴ en las vitrinas de los museos encarnan el exotismo y la ajenidad cultural. E inclusive «esta inclusión no necesariamente implica una actitud hacia el presente. Lejos de implicar una aceptación de los indígenas contemporáneos revela más bien la profundidad de la grieta abierta entre el pasado precolombino y el presente indígena (Earle, 2006:51). Existen, pero por fuera de la línea eurocéntrica/civilizada de desarrollo; no pueden ocultarse totalmente —de hecho, en el relato liberal existen y son funcionales a él— pero sí escamotearse, distorsionar su memoria, asignándoles un espacio marginal, subsidiario, institucionalmente separado de la historia consagrada como oficial.

Los museos: constructores de identidades y otredades

Dentro de los imaginarios disponibles que la historiografía decimonónica apuntala para la nacionalidad emergente cabe considerar la construcción de la idea de identidad. En el relato de la modernidad, la identidad se define a partir de una desigualdad ontológica y el sentido de la otredad se construye a partir de lo marginal, de lo diferente. La modernidad forja los límites de la identidad desde el modelo eurocéntrico evolucionista (Bonvín *et al.*, 2004:7), donde la otredad, es construida como objeto a partir de la «diferencia cultural». Como correlato, la historiografía considerará «otros» a los aborígenes, situándolos más próximos al mundo natural que al cultural, representantes vivientes de la «infancia» de la humanidad.

El descubrimiento, la conquista y la colonización del continente «americano» se presentan como una etapa superada por el «progreso». Con esta operación historiográfica, el discurso hegemónico invisibiliza ese «otro extraño» y apuntala la construcción de la identidad desde la homogeneidad étnica.⁵ Es decir, desde sus inicios, la memoria histórica de América y su lugar en la historia se funda en escisio-

4. Sería más pertinente decir representadas, pero en los albores de la museografía decimonónica, literalmente se exponían sujetos. Basta corroborar el caso del Museo de la Plata.

5. En esta escritura de la historia el rechazo del otro no es sólo racial, sino que representa el temor autoproyectivo que el esquema liberal-modernizador tenía hacia el espacio no-urbano, el espacio de la →

nes, olvidos y silencios expresos. Pues el acto de recordar se relaciona siempre con el imaginario macrorrelato, un conjunto de imágenes ideales constitutivas de las relaciones sociales que compartimos. En América desde el siglo *xvi* ese macrorrelato es la épica de la civilización contra la barbarie. El proyecto de la modernidad que se llevó a cabo exigía un ordenamiento sistemático del mundo. Por eso la separación entre lo civilizado y lo salvaje venía acompañada de un discurso cientificista que creaba jerarquías raciales y sociales. La idea de barbarie fue en parte un ejercicio de distanciamiento cultural. En esa construcción la elite blanca, criolla y culta necesitaba orden social y moral (ley), productividad económica, trabajo, progreso. Los indios representaban todo lo contrario: desorden, descontrol, ociosidad, sal-

vajismo, barbarie. El juego de la identidad y la diferencia que construye el racismo se fundamenta en catalogar otras razas como especies inferiores y para ello reafirma los límites simbólicos, rígidos y binarios, para dejar en claro quién pertenece a Nosotros y quién a los Otros (Rotker, 1999:40). A partir de la díada Civilización–Barbarie y, en nombre de las bondades de la civilización (blanca, urbana, filoeuropea), se descarta la identidad cultural de los demás habitantes. Si la identidad de una nación se define mediante sus negociaciones, sus rituales, por la forma en la que inventa sus tradiciones, por sus prácticas sociales y por sus pactos de silencio, en América, a través de la escritura de su historia se encubre a los sectores subalternos,⁶ se los deforma, se los reimagina, reinventa en clave de la oposición civilización/barbarie.

frontera donde todo era móvil, inestable, desordenado. Justo lo opuesto a los límites y confines estables que buscaba la nueva nación. El proyecto civilizatorio que las elites americanas tenían como objetivo pretendía transformar al territorio americano y su gente en una sociedad urbana de estilo europeo, por lo tanto todo lo que no diera cuenta de esa posibilidad era borrado (Rotker, 1999:48). Territorialmente hablando, la imagen del espacio vacío, el desierto, niega todo lo que hay en él, por lo tanto no existe, está vacío. En este espacio se reproduce la justificación de la apropiación de las tierras indígenas. Las tierras ocupadas por los aborígenes configuran el «desierto»; ese territorio antes sustraído a la mirada ahora se cubre de contenido a través de la pluma que lo narra y en este acto, lo recrea, lo interpreta y lo inventa en un mismo gesto. Allí la Nación obtiene para sí una narrativa visual que resulta performativa de una ciudadanía legitimante. El territorio es representado mediante el uso reiterado de ciertas iconografías que ordenan un modo de percibir simbólicamente a la identidad nacional: la pampa como extensión sin límites, «el mar de la pampa», extensión vacía de población y por ende territorio a poblar; territorio salvaje, virgen, carente de civilización y diseño urbano, sustraído por ende a la ciudadanía. El desierto es el pasado; el pasado es visto como inferior al presente, visión que conlleva la responsabilidad de conducir a la civilización a las culturas consideradas atrasadas.

6. Por subalterno entendemos un sujeto/grupo social, étnico, genérico al que se le ha asignado por medio de la violencia un lugar subordinado —dentro una estructura de dominación—, tanto en la →

Pues las epistemologías que impregnan los desarrollos científicos de la modernidad otorgan un carácter eurocéntrico, androcéntrico y sexista al discurso científico y excluyen sistemáticamente la posibilidad de que los sectores subalternos sean sujetos o agentes del conocimiento. La voz de la ciencia, entonces, es la de los sectores hegemónicos: para el relato del período colonial por ende, es masculina, blanca, europea, católica. La fuerza simbólica de este discurso histórico radica en su carácter de representación del concepto de nación, tensada en la contraposición civilización–barbarie. Y desde allí la construcción del otro en el marco de un esquema de enfrentamientos y oposiciones.

Andiamiajes para «descolonizar» la escenificación de la historia colonial
¿Cómo desmontar los relatos museográficos tradicionales? ¿Qué líneas de análisis

pueden permitirnos inteligir, a partir de esas colecciones, otras posibilidades de lectura? ¿Qué teorías pueden abrir ciertas claves de interrogación que nos permitan ir encontrando, en esos textos–relatos «marcas» de presencias, ausencias, sesgos, omisiones, olvidos y silencios?

Creo que los estudios postcoloniales⁷ pueden aportar algunas vías para pensar estos interrogantes. La crítica poscolonial propone una subversión de los paradigmas hegemónicos a partir de la reconsideración de la historia desde el punto de vista de los que sufrieron la colonialidad. El objetivo es descolonizar el conocimiento occidental deshaciendo la herencia ideológica del colonialismo. La colonialidad del poder es causa y efecto de un patrón de poder mundial pregnante, performativo, que involucra al ser y al saber. Aníbal Quijano señala: «Europa concentró bajo su hegemonía el

objetivación material de la existencia (la reproducción de la vida) como en el acceso y en la producción simbólica y cultural de esa existencia social, de conjunto, deberíamos agrupar allí –considerando la multiplicidad de situaciones de dependencia/subordinación/dominación– a los sujetos que se ubican en las esferas más bajas de una estructura de dominación, internamente jerarquizada, étnica y genéricamente diversa y socialmente desigual que produce el descubrimiento, la conquista y la colonización desde el siglo XVI en América.

7. Los estudios de la colonialidad, o decoloniales parten del supuesto de que la división internacional del trabajo entre centros y periferias, así como la jerarquización étnico–racial de las poblaciones, formada durante varios siglos de expansión colonial europea, no se transformó significativamente con el fin del colonialismo y la formación de los Estados–nación en la periferia. Actualmente ese proceso continúa, aunque ha transformado las formas de dominación a partir de una transición del colonialismo moderno a la colonialidad global. De este modo, se hace referencia al «sistema–mundo europeo/euro–norteamericano capitalista/patriarcal moderno/colonial» y no sólo al «sistema–mundo capitalista».

control de todas las formas de control de la subjetividad, de la cultura, y en especial del conocimiento, de la producción del conocimiento» (2007:121), dando lugar a la emergencia de epistemologías eurocentradas. En este aspecto Quijano habla de la «colonización del imaginario del dominado» (121).

El enfoque «decolonial» hace visibles las exclusiones provocadas por las jerarquías epistémicas, espirituales, raciales/étnicas y de género/sexualidad desplegadas por la modernidad (Grosfoguel, 2005:12). Para pensar desde otra perspectiva la exposición del patrimonio del período colonial, me parece que es sugerente la invitación de los estudios poscoloniales de interpelar el «mito de la modernidad», situando la reflexión justamente allí donde reside «lo impensable» (Lander, 2000:13).

Mientras 1492 emerge como momento constitutivo de la modernidad se soslaya que la experiencia del Descubrimiento y la Conquista serán constitutivas del ego moderno, construyeron también la «otra-cara», la Alteridad esencial de la Modernidad. Para Enrique Dussel (1994:7) el contenido emancipador de la Modernidad aloja un «mito»: el escamoteo de la barbarie en aras de la civilización. América Latina fue la primera colonia de la Europa moderna, previa a África y Asia. La modernidad, en América, supuso la colonización de la vida cotidiana de los subalternos a través de su civilización, su domesticación y alienación dentro del

paradigma de la modernidad. Una praxis multidimensional: erótica, pedagógica, cultural, política, económica. Una resemantización de los cuerpos, de la cultura, de los trabajos, en clave de colonialidad (Dussel, 1994:49). Su resultado: una raza mestiza, una cultura sincrética, híbrida, un Estado colonial, una economía capitalista dependiente y periférica.

El tiempo de la acumulación originaria del capitalismo mercantil fue para los habitantes de los territorios conquistados por el imperio español y la Iglesia Católica un violento cambio de sus condiciones de vida materiales y simbólicas (42). La conquista espiritual legitimó la praxis conquistadora fundándola en un designio divino. Dios es la última justificación de una acción pretendidamente secular o secularizada de la Modernidad (53). Después de descubierto el espacio (como geografía), y conquistados los cuerpos (como geopolítica, diría Foucault), era necesario controlar el imaginario desde una nueva comprensión religiosa del mundo de la vida. De esta manera podía cerrarse el círculo y quedar completamente incorporado el indio al nuevo sistema establecido: la Modernidad mercantil-capitalista naciente, en tanto que es, no obstante, su «otra-cara», la cara explotada, dominada, encubierta.

El mito civilizador oculta la violencia y la destrucción del mundo del otro, y de la otra cultura. En esto consiste el «mito de la Modernidad», en victimizar al inocente

invirtiendo la carga de la prueba. El sufrimiento del colonizado será interpretado como el sacrificio o el costo necesario de la modernización. Desde esta perspectiva, la conquista es un acto emancipador que por medio de la razón moderna libera al bárbaro de su inmadurez. Constituye un progreso, y a la larga se verán los beneficios del «esfuerzo civilizador». Entonces la violencia no sólo es necesaria sino que es justa por ser una obra civilizadora. El conquistador tiene una acción meritoria por comprometerse voluntariamente en su accionar emancipador.

Los museos y los relatos del pasado

Partimos de considerar que no existen museos neutrales ni formas asépticas e inocentes de representar el pasado y sus protagonistas, y esto involucra a todas las instituciones que intervienen significativamente en la construcción, producción, difusión y apropiación del conocimiento social. También pensamos que todavía están vigentes museos con representaciones conservadoras y tradicionales, razón por la cual es necesario interpelar a las puestas museográficas desde la perspectiva de la deconstrucción crítica de los montajes.

En el resumen que puntea el contenido de este trabajo hablamos de los museos metafóricamente como superficies de

inscripción (Deotte, 1998:24). Pierre Nora asocia el surgimiento de los museos con el progreso de la memoria escrita y con la lógica de una nueva civilización de la inscripción, señalando que el museo inscribe, fija, en la memoria colectiva hechos, procesos, como si se tratase de una superficie, utilizando para ello las colecciones. Es decir, entendido como una tecnología, el museo funge como un texto a partir del cual leer una narrativa montada desde la exposición de las colecciones. El museo y el relato entendidos como textos poseen un referente externo del cual hablan. Pensando en la configuración institucional del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay, este referente externo es la historia colonial, y el relato se construye a partir de un proceso específico: la organización de las excavaciones arqueológicas que permitirán exhumar los restos materiales de Santa Fe la Vieja. Todo esto se conjuga con una voluntad intelectual y política de agrupar objetos para montar un relato histórico dentro del marco institucional de un museo.⁸

El apoyo estatal a Zapata Gollán para la realización de las investigaciones puede interpretarse como la emergencia de una conciencia patrimonial del Estado provincial acerca de la necesidad de preservar bienes considerados fundamentales

8. En 1940, por la Ley 2902 de la Legislatura provincial de Santa Fe se crea el Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, que tendrá a su cargo al Museo Etnográfico.



Imagen 1. Dibujo proyectado para el Museo Etnográfico y Colonial (1950). Archivo Fotográfico del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay. Caja II, Carpeta N°5, Folio N° 18, Fotografía N° 39.

y también estas políticas públicas pueden fundarse en la idea de la vigilancia conmemorativa, asociada al esfuerzo por construir y sostener un «lugar de la memoria» por parte de un grupo de actores concretos que consideran que la memoria se encuentra amenazada, y desean instalar en la memoria colectiva algún proceso histórico, ya por ser insuficientemente recordado, o inclusive, injustamente olvidado (Nora, 2008:25). Dice Pierre Nora que los lugares de la memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, de que hay que crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, labrar actas,

porque esas operaciones no son naturales. En la producción intencionada de todo esto reside la vigilancia conmemorativa.

Conforme las investigaciones en el sitio arqueológico de Cayastá avanzan se van exhumando distintos objetos, y paralelamente, se va reconstruyendo —a partir de su remanente y de las fuentes archivísticas e históricas (expedientes y escrituras públicas del Cabildo de Santa Fe) consultadas por Zapata Gollán— aspectos significativos de la trama urbana y social de Santa Fe La Vieja.

Estos conocimientos, estos objetos exhumados necesitan difundirse y para ello nada mejor que exponerlos museográficamente. En 1952, luego de haber

funcionado en otros lugares, se inaugura el edificio del Museo Etnográfico, como el ámbito específico para la *musealización* del patrimonio exhumado en el sitio arqueológico de Cayastá.⁹

Llamaremos *musealización* al proceso por el cual los objetos exhumados se sustraen del espacio privado de uso y del contexto arqueológico y se insertan en el ámbito público y en el marco de un contexto museológico.

En los museos, el proceso de dar forma a las colecciones¹⁰ que se exponen es indisoluble del proceso a partir del cual se seleccionan ciertos objetos, se los sustrae del espacio de uso privado para transformarlos en objetos patrimoniales y públicos y éstos son atravesados por una lógica de

representación que los descontextualiza y los recontextualiza revalorizándolos en un nuevo orden de significados construidos por los sujetos que toman las decisiones institucionales. Se conjugan allí un orden no aleatorio, un modo de disponer los objetos en las vitrinas para transmitir (ideas, información, actitudes, y valores a los/ las visitantes), y una articulación particular que funda jerarquías, y relaciones (explícitas, omitidas, sugeridas, sesgadas y subyacentes). Todo en un contexto escenográfico y didáctico a la vez, pues están expuestos y ordenados de acuerdo a una lógica que los sujeta a los fines, funciones y sentidos que el museo como institución se traza.

Arquitectónicamente los museos comunican. Delfino y Rodríguez (2012:2)

9. En los primeros años funcionó en la casa de los Diez de Andino, junto al Museo Histórico Provincial. En 1950, el gobernador J. H. Caesar, inauguró oficialmente las obras del nuevo edificio. Aunque no pretendo explayarme aquí, resultan sugerentes para el análisis del perfil y el desarrollo institucional algunos gestos: 1) El sitio elegido para construir el museo es la ciudad de Santa Fe, a 80 km. del sitio arqueológico. 2) El emplazamiento, el barrio sur de la ciudad, barrio histórico, en tanto es el espacio urbano referencial del núcleo político y religioso de la ciudad mudada luego de 1660. 3) En los cimientos del edificio del museo se colocan ladrillos provenientes de Santa Fe la Vieja. Pensando en el carácter simbólico de estos gestos y decisiones en el momento fundacional de la institución, considero que tienen un valor importante la idea de continuidad histórica entre el presente y ese pasado colonial que el museo se dispone a exponer. Por otro lado, emerge también la necesidad de cimentar la nueva construcción en un vestigio del pasado colonial, y de algún modo «replicar» a partir de la mudanza de las colecciones desde el sitio, otra mudanza, la que se realizara allá por 1660. 4) El edificio quedó formalmente inaugurado el 25 de mayo de 1952. 5) El estilo arquitectónico del edificio es neocolonial (arquitecto Carlos E. Galli), la elección se fundamenta en armonizar con el conjunto de los edificios del parque, de estilo colonial, pero también puede pensarse en la impronta histórica que esta opción arquitectónica significa, asociada con una revalorización de la herencia hispana.

10. Cabe considerar un primer determinante: la cultural material, a partir de la cual el museo constituye su patrimonio.

señalan que para ingresar al Museo de Ciencias Naturales de la ciudad de La Plata se debe ascender por una amplia escalinata: «Considerando la jerarquización del espacio característica de la tradición occidental, donde «superior» connota el sentido de «más o mejor», hemos de entender que nos estamos «elevando» hacia el saber». Si bien no podemos homologar exactamente esta interpretación al ingreso del museo, sí podemos observar que el ingreso está elevado por unos escalones respecto de la plaza.

Por otro lado, los mismos autores señalan:

las salas de ciencias naturales (biología, paleontología, geología) se hallaban exclusivamente en la planta baja y la planta alta se reservaba para las salas de etnografía, arqueología y antropología física, puesto que, de acuerdo a la visión aristotélica, el hombre ocupa el lugar más «elevado» en la escala evolutiva. (2)

En el Museo Etnográfico, la disposición del patrimonio expuesto guardaba un criterio similar. Junto al ingreso estaban los contenidos de Paleontología

y Etnografía,¹¹ y en la Sala Mayor el material perteneciente a la ciudad colonial.

En la representación del pasado colonial del Museo Etnográfico y Colonial pueden documentarse tres momentos en los cuales se realizan intervenciones museográficas a la exposición permanente:¹² 1) un momento inicial de formulación de la museografía con algunas intervenciones sobre objetos específicos fundamentalmente de restauración y acondicionamiento de las piezas, (1952–1987); 2) un momento de actualización museográfica parcial (1993–2010), y 3) nuevas actualizaciones museográficas parciales (2013–2015). En este artículo nos ocuparemos del punto 1.

Momento inicial

Los museos —a través de sus colecciones— se constituyen en lugares de conexión entre lo visible y lo invisible; entre el mundo del observador y el distante que los objetos representan, siendo ésta la clave donde reside el valor simbólico de las colecciones (Podgorny, 2005:238).

A través de las fotografías del Archivo fotográfico del DEEC¹³ podemos apro-

11. Actualmente ese espacio está destinado a la Biblioteca Agustín Zapata Gollán.

12. Ésta no es una periodización cerrada, sino provisoria y tentativa, que seguramente deberá ser revisada conforme se vaya avanzando en el conocimiento de la historia institucional. De momento se tomaron como fuentes para el análisis las fotografías de las primeras épocas del museo y se tratará de ir estableciendo relaciones con la producción escrita de Zapata Gollán durante este período y con relación a los temas que nos interesan analizar.

13. Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales.



Imagen 2. Apertura de la licitación para la construcción del edificio del museo (14 de noviembre de 1950). Archivo Fotográfico del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay. Caja II, Carpeta N° 5. Folio N° 18, Fotografía N° 40.



Imagen 3. Fachada del Museo Etnográfico. 29 de octubre de 1954. Archivo Fotográfico del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay. Caja II, Carpeta N° 5. Folio N° 19, Fotografía N° 41.

ximarnos a una exposición visualmente poco clara, por la abrumadora cantidad de objetos expuestos, sin mayor orden que el cronológico¹⁴ y el dado por la secuenciación de las colecciones,¹⁵ la abundancia de la exposición resuelve por sí sola la comunicación del sentido.

La presentación del material patrimonial se caracteriza por una lógica de exposición taxonómica, donde prevalece el material arqueológico por sobre lo etnográfico y antropológico y el criterio cuantitativo y estético, antes que la contextualización de los objetos. Institucionalmente, esta museografía da cuenta de

concepciones museológicas del siglo XIX, configurando lo que se ha dado en llamar «museo depósito».¹⁶

En la totalidad de la exposición se observa poca información adicional para el público visitante, configurando entonces un lugar para la mirada culta, para un público selecto y calificado.

En el guión museográfico coexistían planteos historiográficos tradicionales, reproductores de una visión positivista (desarrollo histórico lineal, progresivo), coherentes con la tradición decimonónica¹⁷ de todas las ciencias sociales. En la exposición, ordenada cronológicamente¹⁸ y

14. En cuanto a la periodización otra observación pertinente es que en las cartelas explicativas el uso de la denominación de «prehispánico», cuestionable a nuestro entender, en tanto ese período histórico-temporal adquiere identidad no por sí sino en función del período posterior: el período hispánico, lo cual también refuerza la idea de que los pueblos originarios no tienen historia.

15. El mismo estaba compuesto por: Colección del DEEC, materiales recolectados en excursiones realizados por Zapata Gollán durante la década del '40 y donaciones realizadas al DEEC en décadas subsiguientes (7000 piezas procedentes de sitios arqueológicos de los departamentos Garay, San Javier, La Capital y San Jerónimo), Colección Larguía de Crouzeilles, recolectados por Amelia Larguía de Crouzeilles y donados al DEEC (4000 piezas procedentes de paraderos indígenas del departamento La Capital —Los Periquillos, Arroyo leyes, El aromal, Añadiré— y San Jerónimo —Desvío Arijón, Ombú de Basualdo—), Colección García Bañón (piezas de diversas procedencias colectadas en interior de la provincia de Santa Fe), Colección Rodríguez Sager (piezas de diversos sitios, la mayoría de las cuales no conservan su lugar de procedencia) (Letieri et al., 2009).

16. Benzi, Marina; Busso, Paula y García, Rosa: Un museo, una mirada, un discurso, una época: cuestiones de debate, en *Revista América*, N°20, Centro de Estudios Hispanoamericanos, 2011. págs. 39-59.

17. En el modelo decimonónico, las ciencias sociales toman como paradigma científico las ciencias naturales (positivismo-evolucionismo), y en lo que a los museos refiere para las exposiciones se toman como aportes los desarrollos de la antropología biológica, la medicina, la arqueología, entre otras. La relación entre las ciencias no era interdisciplinaria sino de subsidiariedad, por ejemplo, entre «las» ciencias historia o arqueología y otras ciencias sociales como la antropología y la etnografía.

18. En cuanto a la periodización otra observación pertinente es que en las cartelas explicativas el uso de la denominación «prehispánico», cuestionable a nuestro entender, en tanto ese período histórico →



Imagen 4. Sala de Arqueología. 1962. Archivo Fotográfico del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay. Caja II, Carpeta N° 5. Folio N° 36, Fotografía N° 61.

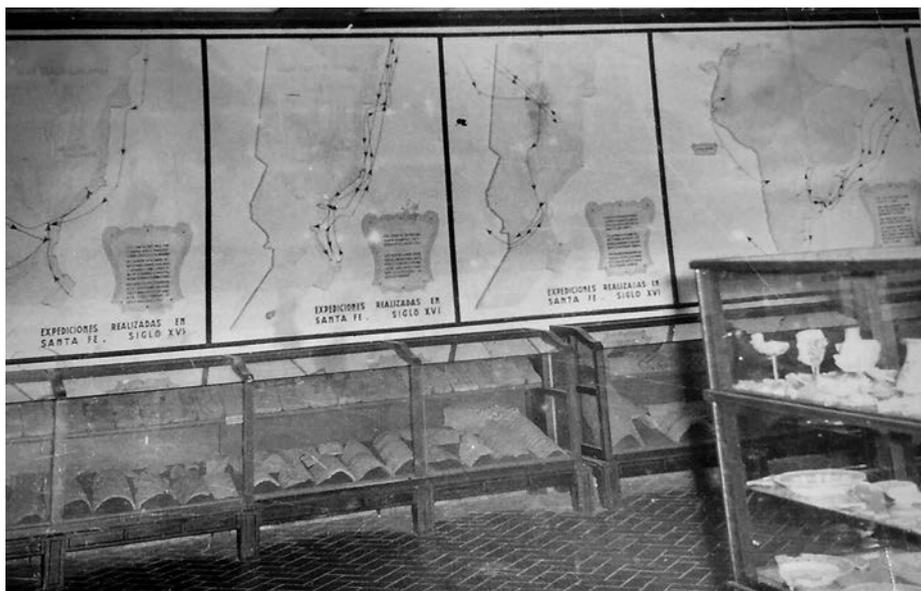


Imagen 5. Sala de Arqueología. Mapas de las expediciones en el territorio santafesino durante el siglo XVI. 1962. Archivo Fotográfico del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay. Caja II, Carpeta N° 5. Folio N° 45, Fotografía N° 73.

por colecciones, con una lógica taxonómica, con escasa o nula información acerca del contexto o el significado de los objetos expuestos; prevalecía lo arqueológico por sobre lo etnográfico y antropológico.¹⁹

Los pueblos originarios no se hacen visibles en el relato museográfico, sino que en la representación se sobredimensiona al elemento hispano, soslayando el proceso histórico. Esto no es un dato menor si consideramos que América se constituyó en el marco de dos procesos históricos convergentes que dieron origen a una nueva matriz social fundada en la escisión conquistadores/conquistados, y en la legitimación del dominio de los primeros sobre los segundos. Como refiere Aníbal Quijano (2005:93), esta legitimación de la dominación se asienta en la codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en clave biológica: la idea de raza amalgama la diferencia social sobre la estructura biológica, justificando como natural la inferioridad de unos respecto de los otros. Así, la raza es fundante del orden de dominación que la conquista impone a la población nativa, dando lugar a un nuevo patrón de poder, articulado a nuevas formas de control y explo-

tación del trabajo, expolio y apropiación de los recursos y los productos, dentro de una economía—mundo emergente.

La dominación colonial en el Virreinato del Río de la Plata se edificó sobre rígidas jerarquías de tipo estamental en las que fortuna, fama, títulos, etnicidad y género fundamentaron la distribución desigual de recursos y de los espacios de dominio.

En la escasa representación de los pueblos nativos —aquellos nominados por los conquistadores al momento de la conquista— subyace el reduccionismo acotado a la toponimia y a los lugares de asentamiento de los pueblos, omitiendo su diversidad cultural.²⁰

Se subsume al proceso de fundación de ciudades y colonización, la conquista previa y la imposición de nuevas pautas culturales a la población nativa, soslayando la violencia simbólica y material que traen consigo.

La «puesta en escena» cristaliza, generaliza, homogeneiza y simplifica a los pueblos originarios reduciendo su complejidad cultural al mismo tiempo que concede mayor representación a los grupos privilegiados de la sociedad colonial. Esto puede observarse rápidamente,

temporal adquiere identidad no por sí sino en función del período posterior: el período hispánico, lo cual también refuerza la idea de que los pueblos originarios no tienen historia.

19. No obstante el nombre del museo contenía la palabra «etnográfico».

20. Cuestión que no se reproduce en los textos escritos de Zapata Gollán, donde se releva gran cantidad de fuentes y se traza un panorama global, aunque descriptivo.

no sólo por la abrumadora presencia de objetos,²¹ sino por la correlación de espacios asignados dentro de la sala. Objetos presentes, sujetos ausentes, frente a la centralidad de los objetos se margina a los sujetos productores de cultura.

Se trata de que el visitante del museo se impresione más que con los objetos mismos, con el proceso social que los produjo [...] los objetos sólo son el producto del trabajo social, hay pues que conocer al trabajador y no a los objetos. (Lumbreras, 1983:12)

En conjunto la exposición ofrece un esquema histórico descriptivo carente de problematización y análisis. Adscribe a la idea de un pasado común, indiscutible, reflejo de la victoria de la civilización, del modelo cultural europeo, y referente para las sociedades futuras (historia como maestra de la vida) (García, 2015:12). En los museos etnográficos y antropológicos el pasado aborígen está cerrado porque los vencidos han desaparecido, en el museo se presenta la extinción de este pasado aborígen desde la secundarización de los sujetos y su cultura.

La exposición reproduce el esquema de poder de la sociedad colonial, naturalizando la dominación y los conflictos que en ella se producen.

Esta exposición se mantuvo sin alteraciones profundas hasta 1987 en que hay una merma del material expuesto ya que una parte es trasladada al museo de sitio de Santa Fe la Vieja, ubicado en la localidad de Cayastá.

Cierre

Durante el siglo XIX y buena parte del XX, los museos hilvanaron relatos del pasado a través de sus escenificaciones. En ellas glorifican al estado nacional legitimando una historia blanca, homogénea, eurocéntrica, internamente sin conflictos, y signada por la visión moderna del progreso, que soslaya la presencia de otros colectivos étnicos y sesga a las mujeres como protagonistas del relato histórico. Esa construcción del pasado articulada museográficamente es apropiada en la experiencia de los/las visitantes, reconfigurándose internamente como un relato que aporta a la memoria histórica disociada y a la trama de la identidad excluyente.

Los museos montan sus exposiciones presentando «lo que hubiésemos» sido si el Estado–Nación no hubiese triunfado. La existencia del museo etnográfico valida al museo histórico y legitima el proyecto del estado nación y la cultura por él construida: blanca, culta, católica,

21. Muchas veces el remanente material de algunas culturas no ha sobrevivido al paso del tiempo, pero eso no habilita a invisibilizar actores sociales.

masculina (García, 2011:5). La política cultural soslaya la discusión de la relación existente entre ambos tipos de museos, y por qué se presenta la historia dividida, se naturaliza la ausencia de conflicto tanto dentro de los procesos históricos como entre las epistemologías que fundamentan disciplinas que construyen los relatos científicos.

Si los museos son espacios para la memoria, y las colecciones objetivan el relato cómo entendemos la exponencial diferencia entre la representación de los españoles y los aborígenes, más allá de la cantidad de objetos encontrados. Es decir, sabemos que a mayor cantidad de objetos probablemente también exista una mayor visibilidad de sus propietarios, pero: ¿cómo representamos la complejidad étnica y cultural de SFLV si sólo argumentamos desde las colecciones arqueológicas?

Desde las colecciones se evidencia una sobrerrepresentación de la cultura hispana, por encima de todas las otras. Los museos como sitios de la memoria, espacios donde fábulas de identidad son enunciadas por medio de colecciones de objetos. Estas fábulas de identidad serán materializadas en objetos «dado que la memoria se arraiga en lo concreto, en espacios, gestos, imágenes y objetos» (Nora, 1989:9).

Si en la escritura de la historia se engendran, modifican, desplazan, actualizan y ordenan representaciones performativas

de la identidad, en los relatos históricos que los museos históricos y etnográficos deciden contar se ha borrado a las minorías mestizas, indias y negras, tal como se las ha omitido de los relatos historiográficos y de los relatos de la nación. Se ha omitido esa realidad excluyéndola de la tradición histórica. Estos olvidos suponen primero la decisión de no transmitir un contenido, configurando entonces una práctica que amalgama la conveniencia y el prejuicio en la construcción de una historia que a partir del silencio y la negación hicieron un olvido activo de los sectores subalternos.

En la construcción historiográfica de las naciones americanas se elabora todo un «programa civilizador» constituyendo de este modo un manifiesto de la nacionalidad como misión, como promesa a futuro, síntesis y producto inevitable de esa lucha entre la naturaleza bárbara y la civilización (Rotker, 1999:54). La historiografía hegemónica otorga sentido y traza las coordenadas sociales de lo representable, de lo historizable en los orígenes de la nación. Por medio de este repertorio discursivo se construyen imágenes de los sujetos y el territorio. Éste es el paradigma historiográfico, construido a partir de las claves ideológicas de la modernidad: progreso, civilización y linealidad del desarrollo histórico. Es en la modernidad donde la noción de naturaleza adquiere un contenido peculiar, y se constituye en contrapunto simbólico

del concepto de nación.²² La naturaleza es concebida como el ámbito espacial donde se desarrolla el ser humano, las culturas y en particular, las naciones. Allí se integra el concepto de progreso, entendido como la transformación social que puede lograrse a partir de la aplicación sistemática de los conocimientos en la cultura, a través de la educación y de la intervención estatal en la realidad social. La necesidad de construir referentes e itinerarios simbólicos sobre la Nación en los países latinoamericanos comienza en los años que siguieron a la emancipación de la Corona española.

Los museos intervienen en la definición de aquello que se considera *públicamente*

valioso, generando procesos identificatorios, relaciones de pertenencia; pero también instalando exclusiones, invisibilizando aspectos de la cultura, y abriendo espacios de desconocimiento, de ausencia de identificación. Problematizar y el cómo y el porqué de las representaciones que se vehiculizan constituye una tarea compleja que aunque marginal a las prácticas museográficas hegemónicas, se revela fundamental para contribuir al desarrollo de museos públicos como instituciones de mediación cultural, en tanto «democratizan» y hacen accesible al gran público el patrimonio cultural visibilizando las investigaciones científicas sobre el pasado.

Referencias bibliográficas

- BENJAMIN, W. (2005). *Iluminaciones y otros fragmentos*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- BLASCO, M. E. (s/f). Los museos históricos en la Argentina entre 1889 y 1943. *Programa Buenos Aires de Historia Política del siglo XXI*. Disponible en: <http://www.historiapolitica.com> (consultado el 19/06/15).
- BONDONE, T. E. (s/f). Museos, memoria y educación III. Hacia una comunidad de aprendizaje. Instituto Goethe, Córdoba. Disponible en: <http://www.goethe.de/ins/ar/cor/pro/bicentenario/Vol1.TomBondone.UnaComunidad.pdf> (consultado el 29/05/15).

22. Humbolt, en 1814, escribe: «En el viejo mundo son los pueblos y sus matices de civilización los que dan al cuadro su principal carácter; en el nuevo, el hombre y sus producciones desaparecen, por decirlo así, en medio de una gigantesca y salvaje naturaleza. El género humano allí sólo exhibe algunos restos de hordas indígenas poco adelantadas en cultura o una uniformidad de costumbres e instituciones trasplantadas a playas extranjeras por los colonos europeos» (Pratt, M. L., 2011:211).

- BONVÍN, M. et al. *Constructores de la Otrredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Antropofagia.
- CARMAN, C. (2013). *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- CASTRO-GÓMEZ, S. y GROSGOQUEL, R. (2007). (comps.). *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- CASTILLA, A. (2010). *El museo en escena. Política y cultura en América Latina*, México: Paidós.
- DELFINO, D. y RODRÍGUEZ, P. G. (s/f). Los museos de arqueología. Ausencias del presente en las representaciones del pasado. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/18513/Documento_completo.pdf?sequence=1 (consultado el 28/05/2015).
- DÉOTTE, J. L. (1998). *Catástrofe y olvido. Las ruinas, Europa, el museo*. Cuarto propio.
- DUJOVNE, M. (1995). *Entre Musas y Musarañas. Una visita al museo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- DUSSEL, E. (1994). 1492. *El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*, Serie de conferencias, Plural Editores Centro de investigación para el desarrollo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Mayor de San Andrés. La Paz.
- EARLE, R. (2006). Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino durante el siglo XIX. En González Stephan, B. y Andermann, J. (2006), *Galerías del Progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Vitervo.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Á. (2002). Memorias materiales: tradición y amnesia en dos museos argentinos. *Anclajes*, 6, Parte II, 329-358. Disponible en: <http://ojs.fchst.unlpam.edu.ar/ojs/index.php/anclajes/article/viewArticle/368> (consultado el 29/05/2015). Universidad de San Andrés.
- GARCÍA, R. (2011). Detrás del cristal... ¿Hay mujeres? Museo-

grafía, representación y género en la muestra permanente del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay de Santa Fe. Ponencia presentada en las IV Jornadas nacionales, Espacio, memoria e identidad, Rosario, 29, 30 y 1º de julio de 2011. Universidad Nacional de Rosario.

• — (2015). Los museos y la construcción de la memoria histórica. Subalternidad y representación. Ponencia presentada al V Congreso Regional de Historia e Historiografía, UNL. Disponible en: <http://www.fhuc.unl.edu.ar/pages/investigacion/publicaciones/producciones-de-jornadas-y-congresos/congreso-regional-de-historia-e-historiografia.php>

• LANDER, E. (2000). *La colonialidad del saber. Eurocentrismos y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

• LAUMONIER, I. (1993): *Museo y Sociedad*. Buenos Aires: CEAL.

• LETIERI *et al.* (2009). Proyecto de acondicionamiento, registro, catálogo e inventario digitalizado del patrimonio arqueológico de Santa Fe la Vieja para su disponibilidad en internet. Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe. Consejo Federal de inversiones.

• LUMBRERAS, L. (1980). Museo, cultura e ideología. En *Museología y patrimonio cultural; críticas y perspectivas. Cursos regionales de capacitación 1979/80* (pp. 19–23). Escuela de restauración, conservación y museología. Lima: PNUD/UNESCO.

• — (1983). Introducción. En *Guía para museos de arqueología peruana* (pp. 7–16). Lima: Milla Batres. Citado por Delfino, D. y Rodríguez, P. G. (1997), *Los Museos de Arqueología. Ausencia del Presente en las representaciones del Pasado*. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/18513/Documento_completo.pdf?sequence=1 (consultado el 27/05/2015).

• MORALES MORENO (s/f). La crisis de los museos de historia. Disponible en: http://www.museoliniers.org.ar/museologia/ICOFOM_MoralesMoreno-es.pdf

• NORA, P. (2008). *Los lugares de la memoria*. Montevideo: Trilce.

• PODGORNÝ, I. (2005). La mirada que pasa: museos educación pública y visualización de la evidencia científica. *Historia*,

Ciências, Saúde, Manguinhos, 12, (Suplemento), 231–264.
Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/hcsm/v12s0/11.pdf>
(consultado el 22/05/15).

- PRATT, M. L. (2011). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura económica.
- QUIJANO, A. (2007). *Colonialidad del poder y clasificación social*. En Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (comps.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- ROTKER, S. (1999). *Cautivas. Olvidos y memoria en la Argentina*. Barcelona: Ariel.
- SHUMWAY, N. (2005). *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Buenos Aires: Emecé.

Fuente electrónica

- Página web del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay:
<http://www.museojuandegaray.com>